

Estudios Sociales
Año XXVI, Número 92
Abril-Junio, 1993

HISTORIAS DE TERROR Y LOS TERRORES DE LA HISTORIA: LA MASACRE HAITIANA DE 1937 EN LA REPUBLICA DOMINICANA.

Robin L.H. Derby & Richard Turits*

¿Cómo puede la violencia transformar las nociones que se tenga de un pueblo? Un examen de la masacre haitiana de 1937 en la República Dominicana nos revela, cómo para racionalizar el presente se reconstruye el pasado y se inventan tradiciones. En este caso, el concepto de Haití como un enemigo imaginario fue el elemento clave de una nueva identidad nacional basada en una nueva representación del pasado. Después de la masacre, el sentimiento antihaitiano surgió como un presupuesto generalmente admitido por la historiografía dominicana. La masacre es entonces, la evidencia más contundente de esta supuesta hostilidad que desde antaño se siente en contra de los haitianos. De esta manera, la masacre y el antihaitianismo han llegado a estar íntimamente ligados en la memoria del pueblo.

El tema de este artículo es cómo, tanto en la memoria oficialmente promulgada como en la memoria popular, el antihaitianismo se ha convertido en un elemento incuestionable y aplicable a los dominicanos de todos los tiempos; y cómo este antihaitianismo fue la base de un nuevo sentido de identidad en la República Dominicana. Sostenemos que el poder de esta ideología se debió a la

* Departamento de Historia, Universidad de Chicago. Artículo traducido por Eugenio Rivas, S.J. y Mario Alberto Torres, N.S.J.

manera sistemática en que la masacre fue llevada a cabo, y que el antihaitianismo vino a simbolizar sumisión al régimen de Trujillo, una dictadura que se extendió desde 1930-1961.

Al apelar al antihaitianismo, el régimen de Trujillo llevó a un nivel simbólico una matanza alocada que hasta entonces no tenía explicación. El recuento oficial del suceso mencionaba como causa las hostilidades del pueblo. Según esta versión oficial, tensiones y conflictos ya existentes entre haitianos y dominicanos residentes en los pueblos fronterizos dieron lugar a una repentina masacre masiva.¹ De esta manera, se justificó el genocidio por parte del Estado de aproximadamente 12,000 - 25,000 campesinos de origen haitiano, cuyas familias habían vivido en paz por generaciones a todo lo largo de las provincias fronterizas de la República Dominicana. La matanza duró cinco días y fue llevada a cabo casi totalmente a machetazos por el ejército dominicano.

Sin embargo, nuestras investigaciones a lo largo de 19 meses en la isla de La Española, la cual es compartida por Haití y República Dominicana, nos revelan que en realidad había poco antihaitianismo en la República Dominicana en el momento de la masacre. Más aún, estos sentimientos no prevalecían en las provincias fronterizas, sino que se limitaban a algunos sectores intelectuales y a una pequeña élite blanca, grupos que en aquel entonces habían tenido poco contacto con la población haitiana. El pensamiento antihaitiano de estos grupos se utilizó para justificar la violencia del Estado, pero no fue la causa inmediata de la masacre. Trujillo buscaba controlar la isla, aún cuando el dominio americano de la misma exigía un respeto a la soberanía nacional de Haití. Para Haití, la masacre era un acto de guerra que Trujillo podía ejecutar sin violar la ley internacional.

1. Por ejemplo, véase: Manuel A. Peña Batlle, **El sentido de una política** (Ciudad Trujillo: La Nación, 1942); "La ideología de la matanza" en Cuello H., José Israel (Ed), **Documentos del conflicto dominico-haitiano de 1937** (Santo Domingo: Editora Taller, 1985); Cornielle, Carlos, **Proceso histórico dominico-haitiano: Una advertencia a la juventud dominicana** (Santo Domingo: Publicaciones América, 1980).

HISTORIAS DE TERROR Y LOS TERRORES DE LA HISTORIA

Además, técnicamente los haitianos muertos en la masacre eran ciudadanos dominicanos, pues habían nacido en la República Dominicana. Esto es un hecho admitido por las autoridades dominicanas de aquel tiempo. No obstante todas estas conjeturas, las causas de la masacre van más allá de lo que queremos presentar en este artículo. La tesis del mismo es que el nacionalismo dominicano no propulsó la masacre, sino que, por el contrario, fue la violencia del Estado la que condujo el nacionalismo; la masacre fue la base de una nueva identidad nacional, no la culminación de ella.

Existen varias motivaciones posibles para esta repentina movilización del sentimiento de antihaitianismo por parte del régimen de Trujillo. Primero, servía de racionalización implícita de la masacre como un acto nacionalista que tenía que ejecutarse. Segundo, estos sentimientos pudieron ser útiles para asegurar el apoyo al régimen de Trujillo por parte de la pequeña élite antihaitiana que resentía el poder económico y político sin precedentes ejercido por Trujillo. Los miembros de esta élite veían a Trujillo como un tirano y déspota mulato perteneciente a las clases bajas de la sociedad. Tercero, aunque el antihaitianismo no era prevalente en el momento de la masacre, muchos de los intelectuales dominicanos de aquel tiempo eran tenazmente antihaitianistas. De esta manera Trujillo utilizó una ideología perteneciente a una pequeña élite para darle una justificación intelectual, tanto a la masacre como a su gobierno. Finalmente, esta ideología fomentaba la imagen de Trujillo como líder nacionalista, y fue plausible porque estaba basada en algunas actitudes tradicionalmente aceptadas, las cuales fueron exageradas enormemente.

En nuestras entrevistas con personas que vivieron en el área fronteriza en los años 1930, encontramos, que antes de la masacre haitianos y dominicanos convivían y colaboraban pacíficamente en la región. Los haitianos estaban integrados a la economía de la región fronteriza como campesinos que cultivaban café y víveres y que talaban terrenos para la cría de ganado. Aunque había mucha conciencia de las diferencias raciales entre los dos grupos, la división de trabajos y tareas se hacía mayormente de acuerdo a la

clase social de los trabajadores, no de la raza. La presencia haitiana en la región había durado bastante tiempo, no era una amenaza económica para la región y no conllevaba una alta incidencia criminal, como muchas veces se arguye.

A nivel oficial, las relaciones entre los gobiernos de Haití y la República Dominicana, en el periodo inmediatamente anterior a la masacre, eran muy amigables. Había frecuentes intercambios culturales y la prensa dominicana, controlada por Trujillo, presentaba relatos efusivos de la amistad entre los dos países. Además, en el 1936, se había llegado a un acuerdo histórico sobre los límites fronterizos entre los dos países. La masacre haitiana parece ser una contradicción inexplicable con toda esta política aparentemente pro-haitiana del gobierno de Trujillo. Fue un viraje abrupto de todos estos planteamientos de solidaridad con Haití. Además la masacre arrancó de raíz la comunidad dominico-haitiana existente en las regiones fronterizas. Los países ya no estarían separados por una frontera permeable, sino por una herida difícil de olvidar.

Terminada la masacre, el régimen de Trujillo propulsó una propaganda e historiografía que construyó la nación sobre una oposición fundamental a Haití y a los haitianos.² Esta nueva ideología antihaitiana estaba basada en actitudes que habían sido características del pensamiento intelectual y elitista de la República Dominicana desde el siglo XIX. Sentimientos antihaitianos comenzaron, en parte, a raíz de conflictos políticos inherentes a la independencia tanto de Haití como de la República Dominicana. Durante la revolución haitiana, a fines del siglo XVIII, la parte oriental de la

-
2. Véase: Balaguer, Joaquín, **La realidad dominicana: semblanza de un país y de un régimen** (Buenos Aires: Imprenta Hermanos Ferrari, 1947). Este libro fue apenas revisado y republicado en 1983 con el título, **La isla al revés: Haití y el destino dominicano** (Santo Domingo: Librería Dominicana). Balaguer fue un alto funcionario gubernamental durante el periodo de gobierno de Trujillo, y es actualmente Presidente de la República Dominicana. Véanse también otros trabajos de Peña Batlle, como por ejemplo, **La isla de la Tortuga** (Madrid: Editora Cultural Hispánica, 1951). Peña Batlle fue quizás el intelectual de más influencia durante el periodo de Trujillo, sirviendo como escritor de discursos para Trujillo, embajador y diplomático hasta su sorpresiva muerte en los años 50.

HISTORIAS DE TERROR Y LOS TERRORES DE LA HISTORIA

isla fue involucrada en la creciente guerra civil en Haití. Las autoridades españolas favorecían a los esclavos haitianos que propulsaban la rebelión, con la esperanza de que Santo Domingo pudiera recuperar, después de la guerra, territorios en la parte occidental de la isla. Sin embargo, después de 1796, Santo Domingo fué entregado a Francia como resultado de guerras entre países europeos. Desde entonces Haití comenzó a temer un ataque francés desde la parte oriental de la isla. En parte provocado por este temor, Haití atacó en varias ocasiones a la República Dominicana, culminando en una ocupación del país que empezó en 1822 y terminó en 1844, 22 años más tarde.

En 1844, el país logró independizarse de Haití para luego ser reincorporado a España. En 1865, la República Dominicana por fin obtiene su independencia.

Los sentimientos antihaitianistas, al parecer disminuyeron en lo restante del siglo XIX y en los comienzos del XX, pues ambos países se enfrentaron a la amenaza del imperialismo americano y a la realidad de ser invadidos por los Estados Unidos prácticamente al mismo tiempo. Con el advenimiento de Trujillo, el antihaitianismo adquirió vida nueva, siendo difundido por el régimen trujillista con un estilo y fuerza especiales.

Trujillo movilizó un antihaitianismo tradicional, el cual anteponía a su país contra Haití. Haitianos y dominicanos fueron diferenciados por una serie de contrastes binarios: blancos vs negros, africanos vs españoles, paganos vs católicos, raza salvaje vs raza civilizada. Sin embargo, se debe mencionar que estas diferencias entre haitianos y dominicanos no son categóricas. Ambas razas comparten un pasado de esclavitud, catolicismo, genealogía y tradiciones afro-americanas. El establecimiento de diferencias entre los dos países no es un hecho indiscutible; es más bien un tema debatible el cual está muy ligado a las estructuras de poder de la isla. Debemos recalcar, además, que lo que pretendemos discutir en este artículo es la manera en que estas diferencias eran vistas por la sociedad dominicana. Contrariamente a lo que presentaba la propaganda trujillista después de la masacre, la presencia haitiana en la Repú-

blica Dominicana no siempre fue considerada como antidominicana, peligrosa y contaminante.

Después de la masacre, Trujillo buscó generalizar la visión antihaitiana de un grupo de intelectuales hispanistas, convirtiendo así el antihaitianismo en parte de la identidad nacional dominicana. Con estos propósitos, la producción historiográfica y simbólica del país empezó a resaltar temas tradicionales, tales como la concepción de la República Dominicana como un país católico, hispano e indio, pero no afro-americano. Por ejemplo, la historia de la esclavitud fue suprimida. Es una creencia popular que los esclavos simplemente fueron incorporados por la cultura hispana del país. Según esta creencia los pocos esclavos que había en el país fueron tratados con benevolencia y no contribuyeron significativamente a la economía local. De igual manera el legado afro-americano en la cultura dominicana no es reconocido. Además, aún cuando la población india fue exterminada poco después de la llegada de Cristóbal Colón, el cacique Enriquillo, del siglo XVI, es considerado oficialmente como el padre del país.³

Más aún, la historia dominicana fue reconcebida por el régimen *trujillista* como la *lucha del pueblo dominicano por mantener su autonomía cultural y política contra Haití*.⁴ Según esta reconstrucción de la historia, Haití es presentado como un agresor imperialista y sangriento cuya obsesión es destruir a sus vecinos hispanos amantes de la paz, y como un veneno inminente que poco a poco

-
3. Un buen ejemplo del pensamiento hispanista de las élites tradicionales es la novela **Enriquillo** por Manuel de Jesús Galván (Santo Domingo: Ediciones Taller, 1981 [1982]). Peña Battle también trata el tema de Enriquillo en su libro, **Enriquillo o el germen de la teoría moderna del derecho de gentes** (Ciudad Trujillo: J.R. Vda. García, 1937).
 4. *Este punto de vista está expresado más claramente en Ángel s. del Rosario Pérez, La exterminación añorada* (Ciudad Trujillo. np. 1957). La historiografía nacionalista de los años 40 también muestra una preocupación exagerada por la invasiones haitianas del siglo XIX, y en muchos de los textos editados por Emilio Rodríguez Demorizi se encuentran reproducciones de documentos de la época, como por ejemplo: **Invasiones haitianas de 1801, 1805 y 1822** (Ciudad Trujillo: Editora del Caribe, 1955); y **Guerra dominico-haitiana: Documentos para su estudio**. Vol. II (Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1957 [1944]).

se va filtrando por los poros de la frontera y así va contaminando a la nación dominicana. Implícita en esta reconstrucción de la historia está la idea de que la masacre era necesaria para mantener la pureza e integridad nacional.

Los escritos de la historia de los años 40 usaban la expresión "invasión pacífica" para describir la presencia haitiana en el país. En nuestro parecer, este término es una metáfora usada para traer a la memoria los ataques e invasiones haitianas del siglo XIX. Así se asociaba convenientemente la inmigración haitiana durante los años previos a la masacre, con la política de violencia brutal practicada por Haití en el siglo pasado. Sin embargo, este concepto de "invasión pacífica" tiene un significado muy diferente. Es un término que se empezó a usar a fines del siglo XIX, en momentos en que los límites fronterizos no eran claros, cuando surgían disputas territoriales.

También se debe reconocer que, esta supuesta amenaza de una "invasión pacífica", nunca fue lo suficientemente alarmante como para que el gobierno dominicano iniciara esfuerzos para prohibir o controlar la inmigración haitiana antes de la masacre. Por el contrario, sólo existía un pequeño impuesto de inmigración, el cual fue aumentado por Trujillo en el 1932. Además, desde 1880, el país ha dependido de trabajadores negros para el corte de la caña. Inicialmente estos trabajadores eran originarios de las Islas Vírgenes Británicas, pero eventualmente todos eran haitianos.

Es interesante notar que en el genocidio judío por parte del gobierno nazi de Hitler, el Estado pasó por un proceso de ocho años de duración que se caracterizó por un aumento gradual en la violencia contra los judíos. Todo comenzó con una retórica antisemítica. De ahí se pasó a leyes antisemíticas, migraciones forzadas, el asesinato de judíos extranjeros en las zonas de guerra y finalmente el exterminio de los judíos alemanes. Este proceso en el que se pasó de un prejuicio racial al genocidio de una raza no ocurrió en la República Dominicana. Por el contrario, la masacre ocurrió abrupta e impredeciblemente.

Después de la masacre, la historia dominicana fué re-escrita como un cuento alegórico en el cual los haitianos son presentados como una amenaza nacional. Así los campesinos haitianos residentes en las provincias fronterizas de la República Dominicana fueron reclasificados como extranjeros peligrosos para el país. El concepto de raza vino a ser una metáfora representativa de la identidad nacional y comenzó a resaltar el hecho de que la frontera es un límite.

Una pregunta clave en esta coyuntura es, cómo esta reconstrucción trujillista de la identidad nacional dominicana, adquirió aceptación general por los dominicanos residentes en los pueblos fronterizos. A nivel nacional, también cabe preguntar cómo de entre todas las actitudes que existían sobre los haitianos antes de la masacre, sólo un tipo de antihaitianismo surgió como sentimiento dominante.

Se pueden dar varias respuestas. Por un lado, había una base fuerte para promover la ideología antihaitiana. Después de la masacre razones prácticas motivaban a la gente a distanciarse del "enemigo" haitiano, pues había mucho miedo de sufrir el mismo destierro que los masacrados. En otras palabras, el recuerdo de la masacre le confería a la ideología antihaitiana su poder, pues el miedo al régimen trujillista y la creencia en el antihaitianismo llegaron a ser inseparables. La aparente omnipotencia del régimen iba formando la conciencia del pueblo.

Por otro lado, para que esta ideología fuera efectiva, tenía que tener, además del poder antes mencionado, algún fundamento en la experiencia del pueblo. Entre estas experiencias se pueden incluir las tensiones económicas de los mercados fronterizos, donde los víveres eran usualmente cambiados por mujeres haitianas; resentimientos entre las queridas haitianas y las esposas dominicanas; y, por supuesto, la tradición sutil y contradictoria de enmarcar el status social sobre una base racial, siendo los dominicanos predominantemente mulatos y de piel ligeramente más clara que los haitianos.

También es posible que la masacre, junto a la ideología que se utilizó para justificarla y explicarla, haya enaltecido las concepciones

HISTORIAS DE TERROR Y LOS TERRORES DE LA HISTORIA

regionales de masculinidad y honor. Después de la masacre, el régimen trujillista proclamó un proyecto de "Dominicanización de la frontera". Por este proyecto los residentes en las regiones fronterizas comenzaron a ser tomados en cuenta y enrolados en el país. Así se rompió una tradición por la cual la élite política y económica del país excluía y minusvaloraba a estos dominicanos. Según esta tradición, heredada del pensamiento colonial español, los residentes de la ciudad son personas cultas mientras que los que están fuera de este espacio metafórico son definidos como bárbaros.⁵

Concretamente, el proyecto de "dominicanizar" la frontera significaba la modernización de las provincias fronterizas. Trujillo prometió construir carreteras, escuelas, iglesias, hospitales y la infraestructura de la región, obras que habían sido desanteadas por gobiernos anteriores. Aunque muchas de estas promesas no fueron cumplidas, es cierto que varios sectores urbanos del área fronteriza se beneficiaron de la "dominicanización". Y como resultado de estas mejorías, los pueblos haitianos al otro lado de la frontera parecían cada vez más retrasados. Esto a su vez solidificaba la idea de la superioridad dominicana.

Después de la masacre, la frontera fue resaltada oficialmente como un lugar estratégico para el país. Los dominicanos residentes en las áreas fronterizas se convirtieron en guardianes que heroicamente defendían la patria de la amenaza haitiana. De manera simbólica, Trujillo transformó a estos dominicanos: en lugar de ser víctimas tímidas e inocentes del salvajismo y degeneración haitianas, ahora eran orgullosos defensores de la cultura hispana. Esta idea resuena en los recuerdos de algunos de los residentes de la región fronteriza quienes participaron en la masacre. Durante y después de la masacre, estos hombres fueron provistos de armas y enviados a cazar aquellos haitianos que intentaran regresar a buscar las pertenencias, ganado o cosecha, que habían dejado al

5. Esta idea es de origen helénico. Véase, Anthony Pagden, *The Fall of Natural Man: The American Indian and the Origins of Comparative Ethnography* (New York: Cambridge University Press, 1982) 16.

ser forzados a huir del país. En muchas de nuestras conversaciones surgieron cuentos de guerra, como por ejemplo luchas entre dos hombres a media noche en las que el dominicano vencía al haitiano por ser el más valiente y el más religioso de los combatientes.

Algunos de los entrevistados interpretaban la masacre no como un genocidio apoyado por el gobierno sino más bien como una manifestación más de las luchas típicas entre personajes políticos de la época. Todo forma parte de un pasado en que las guerras se debían más bien a disputas regionales que a justificaciones morales. Según esta perspectiva Trujillo era un caudillo que, por defender el nombre del país, estaba enfrascado en una lucha por el poder en contra de los haitianos. Trujillo había defendido el país de igual manera que un cacique hubiera servido a su tribu o como un buen *macho* hubiera defendido a su familia. Esta lectura de la masacre refleja la penetración de toda la propaganda trujillista dentro de la visión poética de la realidad que en aquel entonces era típica de las regiones fronterizas.

Por otro lado, aunque la población fronteriza adoptó en parte la redefinición gubernamental del haitiano como enemigo del país, también hay una línea fuerte de pensamiento que no está de acuerdo con esto. En muchas de nuestras entrevistas se expresó la opinión de que no había justificación para la masacre. Además encontramos expresiones de miedo y culpa. Por ejemplo, se creía que los dominicanos iban a pagar por la matanza pues los haitianos se iban a vengar usando supuestos poderes mágicos. Comenzaron a surgir castigos en contra de aquellos que trataban de apoderarse de las gallinas, los víveres y las casas abandonadas por los campesinos haitianos, pues había el miedo de que estos bienes les trajeran mala suerte a sus nuevos dueños. Así se pensaba que la maldad de la masacre era recíproca; los dominicanos que directa o indirectamente participaron de la masacre pagarían por sus actos. Otro ejemplo de la culpabilidad colectiva sobre la masacre es que la mayoría de los entrevistados mencionaron cómo, los guardias encargados de la masacre tuvieron que embriagarse para poder

comenzar la matanza y el hecho de que muchos sufrieron trastornos mentales posteriormente.

No obstante estos sentimientos, es aparente que a nivel nacional, la ideología antihaitiana de Trujillo ha gozado de una hegemonía sorprendente hasta el presente. A nuestro parecer, el éxito que tuvo Trujillo al promulgar esta ideología se debe en parte a la capacidad del gobierno de presentar de manera muy efectiva una serie de contrastes, en los que el haitiano se le ve como negro, salvaje, pobre y subdesarrollado. Esto fue posible, porque por primera vez la República Dominicana había llegado a ser económica y militarmente superior a Haití. En el período de gobierno de Trujillo fue posible distinguir a una República Dominicana moderna y progresista de un Haití pobre y retrasado. Además, el surgimiento de la ideología antihaitiana coincidió con el que la mayoría de los haitianos en la República Dominicana fueran relegados al corte de la caña, en condiciones semejantes a la esclavitud. Esto representaba un cambio en el nivel económico y social de los haitianos en el país, pues muchos de ellos, sobre todo los que vivían en el área fronteriza gozaban del mismo status social y moral que los dominicanos, y más aún algunos producían y comercializaban con mucho éxito el café. Siguiendo la transformación del status económico haitiano, el anti-haitianismo aparece no tanto como el resentimiento y la rivalidad nacional o heredados del siglo XIX, y más como el fruto de un rechazo clasista.

Abrigamos la esperanza de haber demostrado cómo la violencia puede crear concepciones nuevas y perdurables en un grupo de personas, y cómo estas concepciones transforman la identidad nacional y la manera de pensar de un pueblo. En la historiografía de los años 1940, la masacre haitiana se convirtió en símbolo de nacionalismo dominicano y en un ejercicio por el cual se unificaba el país sin importar la clase social, la afinidad política o la región. La efectividad de esta ideología tiene que ser considerada no solamente como el fruto de la persuasión, sino también como una demostración de fuerza empírica. Al Trujillo unir el poder con la ideología, la masacre dejó de ser una obra alocada de un tirano para convertirse

ESTUDIOS SOCIALES 92

en la salvación del país de un enemigo imaginario por parte de un héroe nacional. El caso de la masacre haitiana en la República Dominicana demuestra cómo, por el poder, los mitos se pueden convertir en la historia de un pueblo.